

## IX.

Diccurso de Arquidamo rey de los Lacedemonios disuadiendo á estos de declarar guerra á los Atenienses.

Cuando los Lacedemonios oyeron las querellas de sus aliados los Corintios contra los Atenienses, y las razones y disculpas de éstos, mandáronles salir fuera del Senado, y consultaron entre sí mismos lo que deberían proveer al presente. Muchos fueron de parecer que los Atenienses habían sido los culpados, injuriando á la otra parte y que por eso les debían declarar la guerra sin más tardanza. Entonces el rey Arquidamo, reputado por hombre muy sabio y prudente: se levantó y habló de esta manera:

»Tengo práctica y experiencia de muchas guerras, varones Lacedemonios, y veo que algunos de vosotros contáis tal edad que podéis haber estado en ellas, de lo cual deduzco que ninguno por no ser práctico y por poco saber codicie la guerra, como sucede á muchos por no haberla experimentado, ni mucho menos la tenéis por buena ni por segura. Pero si alguno quisiere pensar y considerar con razón y prudencia esta guerra, sobre que vosotros consultáis al presente, hallara que no es de pequeña importancia. Contra los Peloponenses y contra las otras gentes vecinas y comarcanas de nuestra ciudad, nuestras fuerzas serían iguales á las suyas, y bastantes para que pronto pudiésemos salir á hacerles guerra; pero contra hombres que habitan en tierras lejanas. muy diestros y experimentados en la mar, y muy provistos y abastecidos de todas las cosas necesarias, es decir, de bienes y riquezas en común y en particular, barcos, caballos, armas y gente de guerra más que en ningún otro lugar de toda Grecia, y además de muchos amigos

y aliados que tienen por súbditos y tributarios ¿cómo ó por qué vía debemos tomar la guerra contra ellos, ó con qué confianza, viéndonos desprovistos de todas las cosas necesarias para acometerles pronto? ¿Por ventura les atacaremos por mar? Ellos tienen muchos más barcos que nosotros, y para aprestar armada contra ellos, es menester tiempo. ¿Por ventura con dinero? En esto su ventaja es mayor, porque ni los tenemos en común, ni medio para poderlo haber de los particulares.

»Si alguno dice que en armas y en multitud de gente les llevamos ventaja, para que, entrando en su tierra, les podamos hacer mal, á esto respondo que tienen otra mayor tierra que la suya, la cual dominan, y que por mar podrán traer todas las cosas necesarias. Si intentamos hacer que sus súbditos y aliados se les rebelen, será menester socorrer á estos rebeldes con naves, porque la mayor parte habitan en islas. Luego ¿qué guerra será la nuestra? Que si no les sobrepujamos en armada ó no les quitamos las rentas con que entretienen y mantienen la suya, más daño haremos á nosotros que á ellos con la guerra. Cuanto más que tampoco nos será honroso apartarnos de ella entonces, habiendo sido los primeros en empezarla. Ni tengamos esperanzas que se acabará pronto, habiéndoles destruído y talado sus tierras: porque por esto mismo debemos temer, que la dejaremos mayor para adelante á nuestros hijos y descendientes, que no es de creer que los Atenienses son de tan poco ánimo, que por ver su tierra destruida, se rindan á nosotros ó se espanten de la guerra como hombres poco experimentados.

»Ni tampoco soy tan simple que os mande y aconseje que dejéis maltratar y ultrajar á vuestros amigos y aliados, y que no curéis de castigar aquellos que os traman asechanzas y traiciones. Solamente digo que no toméis en seguida las armas, y que enviéis primero á ellos vuestras quejas y agravios para que os desagravien conforme á razón, no declarándoles de pronto la guerra, sino mostrándoles que no sufriréis injurias, y que antes acu-

diréis á la guerra que permitirlas. Y entretanto, tendréis tiempo de preparar las cosas y de reunir nuestros amigos y aliados, así Griegos como bárbaros, los que pudieren ayudarnos con barcos ó con dinero; pues á la verdad es lícito á todos aquellos que son ultrajados por asechanzas y traiciones, como lo somos nosotros de los Atenienses, tomar en sù amistad y alianza, no solamente á los Griegos, sino también á los bárbaros, para que les ayuden á guardar y conservar su estado; y por este medio podremos ejercitar nuestra gente y proveernos de vituallas y otras cosas necesarias.

»Si quisieren oir nuestra demanda, harto bien será, y si no, habrán ya pasado en estos negocios dos ó tres años, y en este espacio de tiempo estando nosotros más apercibidos les podremos hacer la guerra mucho mejor y con menor peligro. Cuando vieren que nuestros aprestos de guerra se acomodan á las razones que les damos y que son bastante para poner en ejecución lo que de palabra les exponemos, se inclinarán más á otorgar nuestra demanda, teniendo aún salva su tierra, y viendo que las cosas que de presente poseen no están robadas ni destruïdas por sus enemigos. Ni debéis pensar que estando sus tierras salvas, bajo su poder y entre sus manos, las tenéis tan ciertas como si las tuvieseis en rehenes, y tanto más ciertas cuanto estuvieren mejor labradas, pues por esta razón nos debemos guardar más de destruirlas, para que no desesperen y acometan por donde nunca pueden ser vencidos. Si ahora estando desapercibidos como estamos, queremos destruir sus tierras solamente por inducirnos nuestros amigos y aliados los Peloponenses y por satisfacer su apetito y querellas, es de temer que antes les hagamos más mal que bien á los mismos Peloponenses, y que en adelante redunde en su daño y deshonra; porque las diferencias y querellas, ora sean públicas, ora particulares, se pueden componer y apaciguar, mas la guerra que una vez comenzáremos todos en general por causa de algunos particulares, no se sabe en qué ha de parar, ni sí fácilmente la podremos

dejar con honra. Si le pareciere á alguno ser cobardía que muchas ciudades juntas no osen acometer de pronto á una sola, sepa que los Atenienses también tienen sus amigos y aliados no menos que nosotros, y aun tributarios, que les proveen de dinero, lo que no hacen los nuestros. La guerra consiste no solamente en las armas, sino también en el dinero, por medio del cual las armas pueden ser útiles y muy provechosas: que si no hay dinero para los gastos por demás son las gentes de guerra, y las armas, no habiendo con qué entretenelas y sustentarlas, mayormente hombres mediterráneos de tierra firme, como somos nosotros, contra los de mar. Conviene, pues, ante todas cosas que nos proveamos de lo necesario para los gastos, y no nos movamos de ligero por las palabras de nuestros aliados y compañeros; pues, á la verdad, así como el bien ó mal que nos viniere en su mayor parte se nos atribuirá antes que á ellos, así también debemos considerar despacio el fin que podrán tener las cosas. Y no debéis tener vergüenza ninguna por la tardanza y dilación de que nos acusan, porque si os apresuráis á comenzar la guerra antes que estéis apercibidos para ella, tened por cierto que la acabaréis más tarde. Nuestra ciudad ha sido siempre tenida y estimada de todos por gloriosa, franca y muy libre, y esta dilación y tardanza se nos atribuirá á prudencia y constancia, por las cuales sólo nosotros, entre todas las naciones, ni nos ensoberbecemos con la prosperidad, ni con la adversidad desmayamos. Ni hinchados con el deleite de vanagloria por las loas de otros nos movemos de ligero á emprender cosas difíciles, ni tampoco porque alguno nos acuse con saña seremos inducidos á pesar ni tristeza, sino que mediante nuestra modestia y templanza somos belicosos, y cuerdos, y avisados. Belicosos, porque de la modestia nace la vergüenza y el temor de la honra, y de esta nace la magnanimitad; cuerdos y avisados, porque desde nuestra niñez fuimos enseñados á serlo; que de necios es menospreciar las leyes, y de cuerdos obedecerlas, aunque traigan dificultad y aspereza consigo.

»Además, no nos desvelamos como otros por cosas de poco provecho, es á saber, por grandes arengas y palabras atildadas para vituperar y denostar las fuerzas y aparatos de guerra de los enemigos, y persuadir que se comience la guerra pronto, como si no hubiese en esto más que hacer; antes cuidamos de que los pensamientos de nuestros vecinos están muy cercanos de los nuestros; que los casos y fortunas de guerra no dependen de lindas palabras. Por tanto, siempre nos aprestamos con obras más que con palabras contra nuestros adversarios, como contra aquellos que están bien provistos de consejo; y no tengamos nuestra esperanza en que por sus yerros han de valer nuestras cosas, antes presumamos que ellos podrán también y tan seguramente proveer sus negocios como nosotros los nuestros. Ni tampoco debemos pensar que hay gran diferencia de un hombre á otro: sino que es más sabio y discreto aquel que muestra su saber en tiempo de necesidad. Así, pues, varones Lacedemonios, guardad esta forma de vivir que os enseñaron vuestros mayores y antepasados, pues siguiéndola siempre fuimos aprovechando de bien en mejor. Y no os dejéis persuadir de que en un momento debáis consultar y determinar de las vidas y haciendas de muchos, y de la honra y gloria de muchas ciudades; antes al contrario, tratemos despacio de aquello que no es lícito tratar más que á todos por nuestras fuerzas y poder. Enviad vuestra embajada á los Atenienses sobre lo que demandan los Potidenses, haciéndoles declarar estas querellas é injurias que pretenden los otros aliados, tanto más que ellos ofrecen acudir á juicio, y los que esto premeten están en su derecho, no pudiendo ir contra ellos como contra culpados. Entretanto, preparad lo necesario para la guerra. Haciéndolo así usareís de buen consejo, y á la vez pondréis temor y espanto á vuestros enemigos.

## X.

Discurso del Eforo Estenelcida por el cual se determinó la guerra contra los Atenienses.

Con esto acabó Arquidamo su razonamiento, y después de hablar otros muchos se levantó el último de todos Estenelcida, uno de los Eforos, y habló á los Lacedemonios de esta manera:

«Verdaderamente, varones Lacedemonios, yo no puedo entender lo que quieren decir los Atenienses en las muchas y largas razones que aquí han expuesto, pues no han hecho otra cosa sino alabarse y engrandecerse, y publicar sus hazañas, sin dar excusa alguna de las injurias y ultrajes que han hecho á nuestros amigos y aliados, y á toda la tierra del Peloponeso. Pues si ellos fueron algún tiempo buenos contra los Medos como dicen, y ahora son malos con nosotros, dignos son de doblada pena, porque de buenos se han vuelto malos. Por lo que á nosotros toca, y también á aquellos que son como nosotros, ciertamente somos ahora, como fuimos entonces, y por esto, si somos cuerdos, no debemos permitir que nuestros amigos y aliados sean los injuriados ni ultrajados, sino aumentar su número, ayudarles y socorrerles sin dilación alguna, pues tampoco la tienen los otros en hacerles mal y daño. Y si los otros tienen más dinero, más barcos, y más caballos que nosotros, nosotros tenemos buenos y esforzados amigos y compañeros, y tales que no merecen ser desamparados y dejados en manos y poder de los Atenienses: ni esperemos á determinar sus causas y querellas por pleitos ni por palabras, pues han sido injuriados por obras, debiéndoles vengar pronto y con todas nuestras fuerzas. No es menester que ninguno nos enseñe lo que debemos consultar y determinar en

este caso, pues nosotros somos los injuriados. Los que deben gastar tiempo en largas consultas son quienes quieren injuriar y ultrajar á los otros. Por tanto, varones Lacedemios, determinad por vuestros votos como acostumbráis, y declarad la guerra á los Atenienses según conviene á la dignidad y reputación de vuestra tierra de Esparta: no dejando que los Atenienses crezcan y se hagan mayores en fuerzas, ni desamparando á vuestros amigos y aliados: antes con la ayuda de los Dioses tomemos las armas y vamos contra aquéllos, que nos han injuriado.»

Cuando Estenelcida acabó su discurso, propuso la votación por ser Eforo al consejo de los Lacedemonios, donde se acercaban los más, y había más voces, porque la costumbre de los Lacedemonios es votar en alta voz. Siendo grande el clamor y vocear entre ellos por la diversidad de pareceres, dijo que no podía entender á cual parte se inclinaban las más voces y el mayor clamor. Y queriendo que más claramente mostrasen su parecer, por animarles más á la guerra, habló así:

«Los que de vosotros, Lacedemonios, fueren de opinión y declararen que las confederaciones han sido rotas, y que los Atenienses nos han hecho injuria, levántense, y pasen á aquella parte (mostrándoles con el dedo un lugar señalado en el Senado): y los que fueren de contraria opinión, pasen á la otra.» Todos se levantaron y se repartieron en los dos lugares: y fueron hallados muchos más en número los que eran de parecer que las confederaciones y alianzas habían sido rotas y que debían declarar la guerra, que los otros. Esto así hecho, los Lacedemonios mandaron llamar á los amigos y aliados, y dijeronles que eran de parecer que los Atenienses habían hecho la injuria, pero que querían también tener el voto de todos los compañeros y aliados, para que de común acuerdo y parecer de todos se hiciese la guerra. Y acabado esto, los aliados y compañeros volvieron á sus casas para consultarlos con sus ciudades: y lo mismo hicieron los embajadores de los Atenienses,

después que tuvieron respuesta del Senado de aquello para que fueron enviados.

Este decreto del consejo de los Lacedemonios, en que se determinó que las alianzas y confederaciones habían sido rotas, fué hecho y publicado el año catorce después de las treguas que se hicieron por treinta años, acabada la guerra de Eubea. Impulsó á los Lacedemonios á hacer este decreto, no tanto el influjo de los aliados y compañeros, cuanto el temor de que los Atenienses creciesen en fuerzas y poder, viendo que la mayor parte de Grecia estaba ya sujeta á ellos. Porque los Atenienses acrecentaron su poder de la manera siguiente:

## XI.

De cómo los Atenienses, después de la guerra con los Medos, reedificaron su ciudad y principió su dominación en Grecia.

Después que los Medos partieron de Europa, vencidos por mar y tierra por los Griegos, y después que aquellos que se escaparon por mar fueron muertos y destrozados junto á Mycale, Leotychide, rey de los Lacedemonios, que era caudillo de los Griegos en aquella jornada de Mycale, volvió á su casa con los Griegos del Peloponeso que iban á sus órdenes. Mas los Atenienses con los de Jonia y los del Helesponto, que ya se habían rebelado y apartado del rey, se quedaron atrás y cercaron la ciudad de Sexto, que tenían en su poder los Medos; quienes la abandonaron, tomándola los Atenienses é inviando en ella.

Pasado el invierno, los Atenienses partieron, navegando desde el estrecho mar del Helesponto, ya que los bárbaros Medos habían salido de aquella tierra, y vinieron derechamente á las ciudades, donde habían dejado sus hijos y mujeres, y bienes muebles en guarda al co-

mienzo de la guerra , y con ellos regresaron á la ciudad de Atenas , la reedificaron y repararon los muros que estaban casi todos derribados y arruinados, y lo mismo las casas que también estaban caidas las más, excepto algunas pocas que los principales de los bárbaros Per-  
sas habían dejado enteras para alojarse en ellas.

Sabido esto por los Lacedemonios determinaron enviarles sus embajadores para impedírselo , así porque sufrían mal que ellos ni otros ningunos Griegos tuviesen sus villas y ciudades cercadas de muros , como á instancia y y por instigación de los aliados y compañeros, que tam-  
bién les pesaba esto , porque temían el poder de los Ate-  
nienses, viendo que tenían más número de barcos que al comienzo de la guerra de los Medos , y también porque después de esta guerra habían cobrado más ánimo y osa-  
día que antes.

Los embajadores de los Lacedemonios les exigieron que no reparasen sus muros, sino que mandasen derribar todos los de las otras villas, que estaban fuera de tierra del Peloponeso, y habían quedado sanos y enteros. Mas no les declararon la causa que les movía á esta exigencia, antes les dijeron que lo hacían por temor de que si reparaban sus muros y los Bárbaros volvían, tendrían estos grandes fuerzas y guardas, desde donde seguros pudiesen hacerles guerra, como les hacían al presente desde la ciudad de Tebas, que ellos tenían fortalecida. Porque el Peloponeso era una guarida y defensa bas-  
tante para todos los Griegos para que desde allí pudie-  
sen salir sin peligro contra los enemigos. Cuando los Atenienses oyeron la embajada de los Lacedemonios, respondieronles que ellos enviarían en breve sus embaja-  
dores á Lacedemonia para darles satisfacción; y con esto los despidieron por consejo de Temistocles, el cual les dijo que enviasen á él delante á Lacedemonia, y tras él enviasen otros embajadores sus compañeros, los cuales se detuviesen en la ciudad hasta tanto que levantasen sus murallas tan altas que fuesen bastantes para que desde ellas pudiesen pelear y defenderse de sus enemi-

gos caso necesario; y para esta obra hicieron trabajar á todos los del pueblo, así hombres como mujeres, grandes y pequeños, tomando la piedra, y los otros materiales de los edificios, donde la hallaban más á mano, ora fuesen públicos, ora de particulares. Y cuando les hubo enseñado esto, y aconsejado otras cosas, que tenían intención de hacer allí, partió para Lacedemonia, y al llegar á la ciudad, estuvo muchos días sin presentarse al Senado, alegando excusas y achaques. Si alguno de los que tenían cargos le encontraba por la calle y le preguntaba por qué no entraba en el Senado, decíale que esperaba á los otros embajadores sus compañeros, que pensaba que debían estar ocupados en alguna cosa, y creía que vendrían pronto, maravillándose mucho de que no hubiesen llegado ya; cuantos le oían hablar así, daban crédito á Temístocles por la amistad que con él tenían. Llegaban entretanto diariamente á la ciudad de Lacedemonia algunas gentes que venían de Atenas, y decían cómo se labraban los muros de la ciudad, y que ya estaban muy altos, siendo preciso creerles. Temístocles vió que ya no podría disimularlo más, y rogóles que no creyeran las palabras que oían, sino que enviarasen algunos de los suyos, hombres de fe y crédito, que lo viesen por sí mismos é hiciesen verdadera relación de lo que pasaba. Así lo hicieron.

Por otra parte, Temístocles envió secretamente aviso á los Atenienses que detuviesen á los que enviaban los Lacedemonios y no los dejasesen partir hasta que él volviera. Entretanto llegaron á Lacedemonia los otros embajadores sus compañeros, que eran Ambronico, hijo de Lysicleo, y Arístides, hijo de Lisimaco, los cuales le dijeron que ya las murallas de Atenas estaban bien altas, y en términos que se podían defender. Temían que cuando los Lacedemonios supiesen la verdad de lo ocurrido, no les dejasesen partir. Y como los Atenienses detuviesen á los mensajeros enviados por los Lacedemonios, según les aconsejó Temístocles, éste fué derecho al Senado de los Lacedemonios, y les dijo claramente que ya

su ciudad estaba tan bien fortalecida de muros, que era bastante para guardar á los moradores; y que si los Lacedemonios ó sus aliados querían en adelante enviar embajadores á Atenas verían á gentes que sabían y entendían lo que cumplía así á ellos como á su república; que cuando les pareciese ser mejor dejar la ciudad y entrar en las naves, mostrarián tener corazón y osadía para ello sin tomar consejo de otro. Y, por tanto, en todos los otros negocios que requisiessen consejo, no tenían necesidad de parecer ajeno. Que por ahora les convenía que su ciudad estuviese bien cercada de murallas, así por el bien de todos los ciudadanos, como por el provecho de todos los compañeros y aliados, porque era imposible que aquellos, cuya ciudad no estaba tan abastecida de fuerzas como las otras para hacer resistencia al enemigo, pudiese igualmente consultar y determinar en las cosas del bien público. Por tanto, que era necesario, ó que todas las ciudades de los compañeros y confederados estuviesen sin muros, ó que los Lacedemonios confesasen que las murallas de Atenas habían sido bien hechas y conforme á razón.

Cuando los Lacedemonios oyeron estas razones no mostraron señal manifiesta de ira contra los Atenienses, cuanto más que ellos no habían enviado sus embajadores á Atenas para estorbarles claramente que alzasen sus muros, sino para que consultasen primero sobre ello, y se adoptase el común parecer, porque los tenían por amigos, sobre todo después de la ayuda que les dieron contra los Medos. Pero al fin les pesaba en secreto haber sido engañados.

Volvieron, pues, á sus casas los embajadores de ambas ciudades, sin echarse culpa alguna. Y de esta manera circundaron los Atenienses su ciudad de muros en breve tiempo, los cuales bien parece haber sido hechos con gran prisa, pues los cimientos y fundamentos son de diversa clase de piedras; en algunos lugares no están sentadas igualmente, sino como acaso las hallaban, y muchas de ellas parecen traídas de sepulturas y monumen-

tos. El circuito de la muralla es mucho mayor que la proporción de la ciudad, por lo cual tomaban materiales de todas partes. Persuadió Temistocles además á los Atenienses de que acabasen la cerca de Pireo que tenían comenzada desde el año que él fuera gobernador (1) de la ciudad, diciendo que aquel lugar era muy á propósito por tener en sí tres puertos naturales; y que juntamente con esto, aprendiendo los ciudadanos la práctica de la navegación, se hacían más poderosos por mar y por tierra. Por esta causa fué el primero que osó decir que podían apoderarse de la mar, y que la debían dominar. Así lo comenzó á mandar, y por su consejo se hizo el lienzo de la muralla que cerca á Pireo, tal cual le vemos; tan fuerte y tan ancho, que pueden pasar dos carros cargados de piedra por dentro; y ni tiene cal ni arena, sino muy grandes piedras trabadas por de fuera con hierro plomado. No llegó á levantarse más que la mitad de la altura que él había ordenado, la cual era tal que, acabada, corto número de hombres, sin ser experimentados en guerras, la pudieran defender de numerosa armada; y los otros servir para entrar en las naves y combatir por mar. Sus proyectos referíanse principalmente á las cosas de mar, porque entendía á mi parecer que si los Medos volvían á hacer la guerra á la Grecia, vendrían más pronto y tendrían más fácil la entrada por mar que por tierra. Por tanto pensaba que era más conveniente tener fortificado el puerto de Pireo, que la ciudad alta (2) y muchas veces aconsejaba á los Atenienses que si fuesen apremiados por tierra, se metiesen en este puerto, y por mar resitiesen á todos.

De esta manera los Atenienses fortificaron su ciudad y su puerto con nuevos muros después de la partida de los Medos.

---

(1) Temistocles fué arconte en el año 71 olimpiada, 493 años antes de la era vulgar.

(2) La ciudad alta era la ciudadela, y se le llama comunmente Acropolis (ciudad alta), y á veces sólo Polis (ciudad); no era sólo Atenas la población que tenía ciudadela.

Poco tiempo después el lacedemonio Pausanias, hijo de Cleombroto, y capitán de los Griegos, partió del Peloponeso con grandes barcos, y con él fueron otras treinta naves de los Atenienses, sin contar otras muchas de los compañeros y aliados, y todos juntos entraron por tierra de Chipre, donde tomaron muchas villas y ciudades. Desde allí se dirigieron á Bizancio, ciudad que poseían aún los Medos, y la cercaron y tomaron por fuerza, llevando por capitán al mismo Pausanias. Mas porque éste se mostraba altivo y áspero para con los compañeros y aliados, todos los otros Griegos, y principalmente los Jonios y aquellos que nuevamente habían sido libertados del poder de los Medos, les pesaba en gran manera ir con él, y no le podían sufrir. Rogaron á los Atenienses que fuesen sus caudillos, pues eran sus deudos, y no permitiesen que Pausanias les maltratase. Los Atenienses escucharon estas razones de buen grado, y aguardaban ocasión y oportunidad para poderlo hacer más á salvo.

En esto los Lacedemonios mandaron llamar á Pausanias para que diese razón de lo que le acusaban: porque todos los Griegos que venían se quejaban de su injusticia, diciendo que se mostraba más bien tirano que caudillo. Llamado Pausanias, los otros Griegos, confederados, por el odio que le tenían, se sometieron á los Atenienses, para que los dirigiesen, excepto los del Peloponeso. Llegó Pausanias á Lacedemonia, fué corregido y convencido de algunos delitos contra particulares; pero al fin le absolvieron de los públicos y más grandes crímenes, porque le acusaban de haber tenido tratos con los Medos, y esto se lo probaron manifestamente, por lo cual no le devolvieron el mando, sino que en su lugar enviaron á Dorces y algunos otros capitanes con pequeño ejército, que al llegar al campamento y ver la gente de guerra que Dorces no les mandaba á su gusto, se fueron y le dejaron. Los Lacedemonios no quisieron enviarles más capitanes, temiendo que fuesen peores que los primeros, según lo habían experimentado en Pausanias.

Además deseaban verse libres de aquella guerra contra los Medos, y dejar el cargo á los Atenienses que les parecían bastantes para ser sus caudillos y amigos en aquel tiempo.

Al tomar los Atenienses el mando de los Griegos, con voluntad de los compañeros y aliados, por el odio que tenían á Pausanias, impusieron á cada una de las ciudades confederadas cierto tributo de barcos y dinero para la guerra, so color de los gastos que habían hecho en ella. Entonces crearon por vez primera tesoreros y receptores para cobrar y recibir el dinero. Este fué el primer tributo pedido á Grecia que sumó cuatrocientos sesenta talentos. (1)

La guarda del tesoro estaba en la isla de Delos, en el templo de Diana, donde hacían sus sínodos y ayuntamientos los confederados y aliados. Allí elegían al principio sus caudillos y capitanes que obedecían sus leyes y eran llamados y consultados en los negocios de guerra.

## XII.

Guerras que los Atenienses tuvieron desde la con los Medos hasta la presente, así contra los Bárbaros como contra los Griegos, acrecentando con ellas su imperio y señorío.

Este grado de mando y autoridad sobre los Griegos lograron los Atenienses con ocasión de la guerra de los Medos, y por el deseo que tenían de emprender cosas grandes. Mas después de aquella guerra hasta la presente, realizaron famosos hechos, así contra los Bárbaros, como contra aquellos aliados y confederados que querían hacer novedades, y contra los Peloponenses, que les contradecían y estorbaban á cada paso.

(1) El talento equivalía á 5.400 pesetas. Los 460 talentos sumaban, pues, 2.484.000 pesetas.

Refiero todo esto saliendo fuera de mi propósito, porque todos los historiadores que antes de mí escribieron, han dejado de contarla, haciendo solamente mención de las cosas que pasaron antes de la guerra de los Medos, ó en ella. Hellanico dice algo en su historia de Atenas, brevemente, sin distinguir los tiempos por su orden. Así, pues, parecióme cosa conveniente poner aquí este relato y por él se podrá saber y entender de qué manera fué fundado y establecido el imperio y señorío de los Atenienses.

Primeramente, siendo su capitán Cimón, hijo de Milciades, tomaron y saquearon la ciudad de Eyone, que está asentada en la ribera de Stimone, y que poseían los Medos. Despues tomaron y sometieron la isla de Sciro, en el mar Egeo, de donde expulsaron á los Dolopes que la poseían y la poblaron con gente suya. Despues hicieron guerra á los Caristios, y á otros de la isla Euboea, que andando el tiempo se la dieron por tratos; y tras éstos á los Naxos que se les habían rebelado, y que conquistados por fuerza, fueron los primeros de las ciudades confederadas que los Atenienses redujeron á servidumbre contra el tenor y forma de la alianza. Lo semejante hicieron despues con otras ciudades que también se rebelaron. A esto dieron causa muchas de aquellas gentes por no entregar algunas veces el número de navíos que les pedían ó no pagar el tributo que les habían impuesto, ó ausentarse de la armada sin licencia, y por esto los Atenienses los obligaban á ello y los castigaban muy rigurosamente, agraviándose ellos en gran manera, por no estar acostumbrados á esta sujeción, y también porque veían que los Atenienses se hacían más señores, y usaban de más autoridad que habían acostumbrado, no haciéndose la guerra por igual de ambas partes, porque los Atenienses tenían el mando y poder para obligar y compeler á aquellos que faltasen en algo. Los mismos obligados tenían la culpa de ello, pues por pereza de ir á la guerra ó por no dejar sus casas algunos concertaban dar dinero en lugar de los navíos que debían

dar, y así el poder de los Atenienses se aumentaba por mar, y ellos quedaban totalmente faltos y despojados de navíos, de suerte que cuando después se querían rebelar, se hallaban desprovistos de todas cosas y no podían resistir.

Después de esto, los Atenienses y sus confederados hicieron la guerra contra los Medos, y en un día alcanzaron dos victorias, una por tierra junto á la ribera de Eurymedon, que está en la región de Panfilia, y otra por mar allí cerca, llevando por su capitán á Cimón. En la cual batalla naval fueron, ó tomadas ó desbaratadas, todas las naves y galeras de los Fenicios en número de doscientas. Poco tiempo después, los Tasios se rebelaron contra los Atenienses porque los Tasios hacían la feria de sus mercaderías, y principalmente del metal, en tierra de Tracia, que estaba de la otra parte del mar, frente á la suya. Los Atenienses enviaron contra ellos su armada, que desbarató la de los Tasios, y después salieron á tierra y cercaron la ciudad. En este mismo tiempo enviaron los Atenienses diez mil moradores, así de sus ciudadanos como de los aliados y confederados, á tierra de Strimonia para poblar de su gente la villa que entonces era llamada Nueve-caminos, y al presente se nombra Anfípolas, lanzando de ella á los Edonios que la poseían. Mas después de entrar los Atenienses más adelante por tierra en la región de Tracia, fueron muertos y desbaratados junto á Drabisco por los Tracios, moradores de la tierra, en venganza de que la ciudad de Nueve-caminos fuese tomada y maltratada. Entretanto los Tasios, que fueron vencidos por mar y estaban cercados de los Atenienses, según he dicho, enviaron á pedir ayuda á los Lacedemonios, rogándoles que entrasen en tierra de los Atenienses para obligarles á levantar el cerco, é ir á socorrerla. Lo prometieron los Lacedemonios y de hecho lo hubieran cumplido, á no ser por un terremoto que sobrevino en su tierra, no osando por ello emprender aquella guerra.

También sucedió en este tiempo que todos los esclavos

de los Lacedemonios que estaban en tierra de Turiales y de Esquea, huyeron á Itome. Estos esclavos descendían por la mayor parte de los antiguos Mesenios, llevados en cautividad, y por esto á todos se les llamaba Mesenios. Los Lacedemonios comenzaron la guerra contra los de Itome, y ésta les impidió socorrer á los Tasios, que después de haber estado mucho tiempo cercados, al cabo de tres años se entregaron á merced de los Atenienses, quienes les derrocaron las cercas y murallas de su ciudad, les quitaron todos sus navíos, y les hicieron pagar cuanto pudieron sacarles por entonces, imponiéndoles para lo venidero grandes tributos. A este precio les dejaron su tierra y las minas de metales que tenían en sus montañas. Durante este tiempo los Lacedemonios viendo que la guerra que habían comenzado contra los de Itome iba muy á la larga, pidieron á todos sus amigos y aliados ayuda, y entre otros á los Atenienses, porque les parecían más expertos que otros en combatir muros y fuerzas, y que con su ayuda podrían tomar la villa que tanto tiempo habían tenido cercada, como á la verdad hubieran hecho, porque los Atenienses les enviaron ejército, y por capitán á Cimón, sino fuera porque los Lacedemonios sospecharon de ellos, sospecha que ocasionó después la discordia y diferencia manifiesta entre ellos. Viendo los Lacedemonios que la villa no se tomaba por fuerza, comenzaron á recelar de los Atenienses y de su afición á emprender cosas nuevas. Dijeronles, temiendo que los de la villa tuviesen algunos tratos ó inteligencias con ellos, que ya por entonces no tenían más necesidad de su ayuda, y los despidieron reteniendo consigo los otros aliados y confederados. Los Atenienses conociendo evidentemente que no habían sido despedidos por la razón alegada, sino por sospecha, tomaron esta licencia á mal, considerándola ultraje, porque sabían muy bien que no se lo habían merecido. Por ello, cuando volvieron á Atenas y relataron en el Senado lo que pasaba, se apartaron de la amistad y alianza que habían hecho con los Lacedemonios para la guerra contra

los Medos, y se volvieron á aliar y confederar con los Argivos, que eran conocidos enemigos de los Lacedemonios, y unos y otros juntamente hicieron amistad y alianza con los Tesalos.

Los que estaban dentro de Itome viendo que no podían resistir más al poder de los Lacedemonios, y que ya estaban cansados del largo cerco que duraba más de diez años, capitularon con condición de que saliesen de la villa los defensores y de toda tierra del Peloponeso sin poder volver jamás á ella, y si alguno volvía, que fuese esclavo de aquel que le cogiera. Este concierto hicieron los Lacedemonios impulsados por una respuesta que les dió durante la guerra el Oráculo de Apolo, que era así:

*Si en Itome algún varón  
Ante el Júpiter divino  
Se humilla y pide perdón,  
Suéltenle de la prisión,  
Vaya libre su camino.*

Echados los Itomenses de su tierra con sus mujeres y familias, se dirigieron hacia los Atenienses, los cuales por el odio que habían concebido contra los Lacedemonios, los recibieron de buena gana, y los enviaron á habitar en la Isla de Naupacto, que acababan de conquistar lanzando de ella á los Locros y los Ozolienses.

Casi por este mismo tiempo los Megarenses se apartaron de la alianza de los Lacedemonios y se juntaron con los Atenienses á causa de que teniendo guerra contra los Corintios sobre los límites, no les dieron ayuda, y por esta vía los Atenienses fueron señores de Megara y de la villa de las Fuentes que ellos nombran Pegaso. Fortificaron á Megara con una muralla fuerte que corría desde la ciudad hasta el río de Nisa, y la guarneциeron con sus tropas. De aquí nació la primera enemistad entre los Atenienses y Corintios. Sucedió también que Inaro, hijo de Psamitico, rey de los Libios que habitan junto á los confines de Egipto, juntó gruesa armada en su ciudad llamada Marea, que está sobre el Faro, y entró por tierra de Egipto, que á la sazón estaba sujeta al rey Artá-

jerjes, y ora por fuerza, ora de grado atrajo á su devoción gran parte de ella. Hecho esto se alió á los Atenienses, que entonces habían descendido á hacer guerra en la isla de Chipre con doscientos navíos suyos y de sus compañeros y aliados y que al saber la demanda del rey Inaro dejaron la empresa de Chipre y se fueron hacia aquellas partes, entrando por mar en el Nilo, tomando por sorpresa las dos partes de la ciudad de Menfis y sitiando la tercera llamada el muro blanco, donde se habían retirado los Medos y los Persas escapados de las otras dos partes juntamente con los Egipcios que no se habían rebelado.

Por otra parte los Atenienses que descendieron de sus naves junto á Habia, combatieron contra los Corintios y contra los Epidauros, y éstos los vencieron, aunque poco después en una batalla naval que tuvieron los Atenienses contra los Peloponenses junto á Cecrifale, alcanzaron la victoria, como también después habiendo comenzado la guerra contra los Eginetas en otra batalla naval junto á Egina, donde se hallaron los aliados y confederados de ambas partes, ganaron la victoria, echaron á fondo setenta barcos de los enemigos, y prosiguiendo su triunfo, hicieron escala, saltaron en tierra y sitiaron la ciudad de Egina, llevando por su capitán á Locrates, hijo de Stribo.

Viendo esto los Peloponenses, quisieron tomar la demanda por los Eginetas como sus aliados, y enviáronles de socorro al principio trescientos soldados Corintios y Epidauros, los cuales entraron por los promontorios y cabo de mar de Geranie(1). De la otra parte los Corintios con sus aliados entraron armados por tierra de Megara, sabiendo que los Atenienses porque tenían armada en Egipto y en Egina no podrían socorrer á todas partes, y á lo menos para defender á Megara tendrían que levantar el cerco de Egina. Mas como los Atenienses no moviesen su ejército de Egina, salieron de la ciudad

---

(1) Geranie, montaña y promontorio de la Megarida, entre Megara y Corinto.

todos aquellos que podían tomar armas, viejos y mozos hacia Megara, llevando por su capitán á Mironides, y encontráronse allí con los Corintios, fué la batalla tan reñida y tan igual, que cada cual de las partes pretendía haber logrado la victoria. Al fin los Atenienses levantaron su trofeo en señal de vencedores por haber quedado por ellos el campo. Los Corintios que se habían retirado á su ciudad, viendo que los ancianos los motejaban porque se habían vuelto doce días después de la batalla, acudieron también á levantar su trofeo frente al de los enemigos; pero los Atenienses que estaban en Megara salieron con tan grande ímpetu, que mataron á todos los que levantaron el trofeo y ahuyentaron á los que con ellos venían, algunos de los cuales por no saber el camino se metieron en un campo sin salida, cercado de fosos, acorrallándolos los Atenienses y matando á todos á pedradas, lo que fué gran pesar para los Corintios, aunque los demás de su gente se salvaron dentro de la villa.

Por entonces los Atenienses emprendieron la obra de hacer dos grandes murallas que comenzasen desde la ciudad, y la una llegase hasta el puerto de Pireo, y la otra hasta el de Falero. Los Focenses guerreaban contra los Dorios, que descendían de los Lacedemonios, y les tenían cercadas tres villas, Beon, Sition y Eryneo. Cuando tomaron una de ellas, los Lacedemonios enviaron en socorro de los Dorios á Nicomedes, hijo de Cleobroto, que á la sazón gobernaba la ciudad de Lacedemonia en lugar de Pausanias, rey de Lacedemonia, con mil y quientos hombres de la tierra y cerca de diez mil de los aliados: los cuales antes de llegar, sabiendo que los Dorios habían capitulado con los Corintios, volvieron á sus casas, no sin gran temor de que los Atenienses les estorbasen el paso, porque si tomaban el camino por mar, por la parte del Golfo de Crissas, los Atenienses tenían gran número de navíos, y de la otra parte de Geranie también corrían peligro á causa de tener los Atenienses á Megara y á las fuentes de Pegaso, con hombres de guerra y barcos, además de ser

el paso difícil y estrecho, y saber que los Atenienses los estaban esperando. Parecióles, pues, buen consejo quedarse en tierra de Beocia hasta que recibiesen noticias de cómo podrían pasar y también por persuación de algunos Atenienses, que procuraban mudar el gobierno popular de la ciudad de Atenas y estorbar que se acabasen las murallas comenzadas. Pero los Atenienses que supieron la cosa, salieron al encuentro á los Lacedemonios viejos y mozos hasta número de mil, y juntaron de sus aliados y confederados hasta catorce mil, así porque pensaban que los enemigos no sabían donde ir, como también porque recelaban que hubiesen venido por turbarles su estado y gobierno popular. Además acudieron en ayuda de los Atenienses fuerzas de á caballo de Tesalos por la alianza que tenían con ellos; aunque éstos se pasaron á la otra parte en la batalla que se dió junto á la villa de Tanagra en tierra de Beocia, en la cual los Lacedemonios ganaron la victoria, habiendo gran matanza de ambas partes.

Después de estas victorias, los Lacedemonios entraron en tierra de Megara y talaron todos los árboles, encaminándose después á Geranie, y por el estrecho del Peloponeso volvieron á sus casas. Setenta y dos días después de la batalla perdida volvieron los Atenienses con gran poder á tierra de Beocia, llevando por su capitanía á Mironides y vencieron á los Beocios junto á Enopite, apoderándose de toda la tierra de Beocia y de Focida, derribando los muros de Tanagra, y tomando rehenes de los Locrenses y Opuntenses más ricos.

Acabaron de hacer en este tiempo las dos murallas que habían comenzado en Atenas, que llegaban hasta los dos puertos, según dejó dicho.

Pasado esto los Eginetas, no pudiendo sufrir más el cerco de tantos días, capitularon con los Atenienses á condición de derrocar todos los muros de su ciudad, dar todos sus navíos y pagar ciertos tributos todos los años.

De allí se fueron los Atenienses navegando en torno del Peloponeso, al mando de Tolmidde, hijo de Tolomeo,

quemaron las Atarazanas de los Lacedemonios, y tomaron la villa de Calcide, que era de los Corintios. Hecho esto saltaron en tierra, pelearon con los Sicionios, que habían acudido contra ellos, y los vencieron.

Todas estas cosas las hicieron en Grecia los Atenienses mientras tenían su armada en Egipto, donde tuvieron muchas y diversas aventuras de guerra. Primeraamente el rey de Persia, cuando supo su llegada á Egipto, envió un capitán de nación persa, llamado Megabaso, á Lacedemonia con gran suma de dinero para persuadir á los Lacedemonios á que entrasen con armas en tierra de Atenas á fin de apartar de Egipto á los Atenienses. Megabaso gastó inútilmente parte del dinero, y viendo que no hacía nada, se fué con el resto á Egipto. El Rey envió otro capitán nombrado Megabizo, hijo del persa Zofiro, á Egipto con numerosa armada, que al llegar libró gran batalla contra los Egipcios rebelados y contra sus aliados, en la cual fueron vencidos los Griegos que estaban dentro de la ciudad de Memfis, lanzados de ella y encerrados en la isla de Prosopide, que está en la ribera del Nilo. Allí los tuvo cercados año y medio, y entretanto atajó y tomó el agua por una parte de la Isla, de manera que las naves de los Atenienses quedaron en seco, y la Isla se juntó con tierra firme. Hecho esto Megabizo, á pie seco entró con su gente, y rompió y desbarató á los Atenienses. De esta suerte, cuanto los Atenienses habían hecho en tierra de Egipto por espacio de seis años lo perdieron de una vez y juntamente la mayor parte de su gente. El resto, que fueron bien pocos, se salvó por tierra de Libia, y vinieron á embarcarse á Cirene. La tierra de Egipto volvió á la obediencia del rey de Media, excepto aquella parte donde reinaba Mirteo, por ser toda lagunas y florestas, y también porque las gentes de esta región son muy belicosas. Inaro, rey de los Libios, causante de esta rebelión, fué preso á traición y después ahorcado. Cincuenta galeras que los Atenienses enviaban con socorro á los suyos á Egipto, arribaron á una boca del río Nilo

llamada Medesio, y allí desembarcaron los hombres de guerra no sabiendo la derrota de su gente. Acometidos por la parte de tierra por la infantería de los Fenicios que allí estaba, y de la del mar por los trirremes de los mismos, la mayor parte de los suyos fueron echados á fondo, y los otros se escaparon huyendo á fuerza de remos. Este fin tuvo aquella grande empresa y numerosa armada de los Atenienses y de sus aliados y confederados en Egipto.

Después de estos sucesos, Orestes, hijo de Ecrátides, lanzado de tierra de Tesalia por el Rey de aquella provincia Fasalo, se acogió á los Atenienses; y tanto les persuadió, que decidieron restituirle sus tierras. Con ayuda de los Beocios y Focenses, fueron á Tesalia, y tomaron lo que era tierra firme junto la mar, y lo tenían y poseían por fuerza de armas, sin poder pasar más adelante, porque se lo estorbaba la gente de á caballo del Rey. Viendo que no podían ganar ninguna villa, ni plaza fuerte, ni llevar adelante su empresa, se volvieron sin otro resultado que el de traer al mismo Orestes consigo. Despues 1.000 Atenienses, que estaban en el lugar nombrado las Fuentes de Pegaso, entraron en las naves que allí tenían, y fueron á desembarcar en Sición, llevando por su capitán á Pericles, hijo de Jantippo; al saltar en tierra, desbarataron una banda de soldados siciones que venía contra ellos. Y hecho esto, tomaron los Aqueos en su compañía, y pasaron por Acarnania para atacar á la ciudad de Eniade, la cual sitiaron; pero viendo que no la podían tomar se volvieron.

Tres años después Atenienses y Peloponenses ajustaron treguas por otros cinco años, durante cuyo tiempo, aunque no tuviesen guerra en Grecia, los Atenienses reunieron una armada de doscientos navios suyos, y de los compañeros y confederados, de la cual fué caudillo Cimón, y saltaron á tierra en la isla de Chipre. Estando allí, fueron llamados por Amirteo, Rey de las florestas de Egipto, y le enviaron á Egipto setenta naves suyas; las demás quedaron en el cerco de la ciudad de Cicia. Estando

alli, murió Cimón, su caudillo, y viéndose en gran necesidad de vituallas, levantaron el cerco, y navegando hacia la ciudad de Salamina, que es de Chipre, combatieron por mar y tierra contra los Fenicios y los de Chipre y Cilicia, y en ambas batallas alcanzaron la victoria. Volvieron después á su tierra, y lo mismo hicieron los otros navíos de su compañía, que habían ido á Egipto.

Pasado esto, los Lacedemonios comenzaron la guerra llamada Sagrada, y habiendo tomado el templo que está en Delfos, le dejaron á los de la villa. Mas al poco tiempo los Atenienses fueron con numerosa armada, y le tomaron de nuevo, dándolo en guarda á los Focenses.

Poco después los desterrados por los Atenienses ocuparon á Orchomenio y Cheronea y algunas otras villas de la Beocia; y sabiéndolo aquellos, enviaron contra ellos mil hombres de guerra de los suyos y algunos otros de los aliados que pudieron reunir de pronto, y por capitán á Tolmida, hijo de Tolmeo, reconviendo á Queronea, y poniendo en ella guarnición de sus soldados.

A la vuelta de allí se encontraron con los desterrados de Beocia, que se habían juntado con los otros desterrados de Eubea, con los Locrenses y con algunos otros que seguían su partido: éstos les derrotaron y mataron la mayor parte de los Atenienses, cogiendo á los demás prisioneros. Por medio de estos prisioneros hicieron los Atenienses sus conciertos con los Beocios, y les restituyeron su libertad. Todos los desterrados y otros que se habían expatriado, volvieron, sabiendo que ya podían gozar de su primera libertad.

No tardó mucho en rebelarse la isla de Eubea contra los Atenienses, y como Pericles, á quien éstos enviaban con muchas fuerzas para restituirla á su obediencia, estando ya en el camino, tuviese nuevas de que los de Megara se habían también rebelado y muerto la gente de la guarnición que allí tenían los Atenienses, excepto algunos que se habían salvado en Nisea, y que además habían traído á su parcialidad á los Corintios, á los Sicio-

nes y á los Epidauros; como también supiese que los Peloponenses estaban preparándose para entrar con grandes fuerzas en tierra de Atenas, dejó el camino que llevaba para Eubea, y volvió á Atenas. Antes de llegar los Peloponenses habían ya entrado en territorio de Atenas, y robado y talado todos los términos de la ciudad de Heleusina hasta el campo llamado Trasio, llevando por su capitán á Plistonacte, hijo de Pausanias, Rey de Lacedemonia. Hecho esto, y sin pasar más adelante, regresaron á sus casas.

Los Atenienses volvieron á enviar á Pericles con su armada á Eubea, y sometió toda la Isla por convenios, excepto la ciudad de Hostia, que tomó por fuerza, expulsando á todos los moradores, y poblándola su gente. De regreso Pericles de esta conquista, ó poco tiempo después, se ajustaron treguas y tratos por treinta años, entre los Atenienses de una parte, y de la otra los Lacedemonios y sus aliados, por medio de los cuales los Atenienses devolvieron á los Peloponenses el lugar de las Fuentes, Trezenio y Acaya, que era lo que tenían ocupado del Peloponeso. Seis años después de estos conciertos, estalló cruel guerra entre los Samios y los Milesios por la ciudad de Priene; y viendo los Milesios que ellos no eran poderosos contra sus enemigos, rogaron á los Atenienses que les diesen ayuda, con consentimiento y consejo de algunos ciudadanos de Samio, que procuraban novedades en su ciudad.

Los Atenienses fueron con cuarenta barcos contra la ciudad de Samio, la vencieron, restableciendo en ella el gobierno popular; tomaron cincuenta mancebos y cincuenta hombres en rehenes, que depositaron en la isla de Lemnos, pusieron su gobierno en Samio, y regresaron.

Después de su partida, algunos de los ciudadanos que no se habían hallado en la ciudad al tiempo que los Atenienses la ocuparon, porque al saber que iban se retiraron á diversos lugares en tierra firme, por consejo de los principales de la ciudad, hicieron alianza con Plisuthne, hijo de Histaspo, que gobernaba á la sazon la ciudad de

Sardis, quien les envió setecientos soldados, y con ellos entraron de noche en Samio, combatieron con los del pueblo que tenían la gobernación, los vencieron é incontinenti se fueron á la isla de Lemnos, sacaron de allí sus rehenes, se rebelaron contra los Atenienses, y prendieron los gobernadores y la guarnición que éstos habían dejado en Samio, los cuales entregaron á Plisuthne. Hecho esto, prepararon su armada para ir á Mileto, teniendo intenciones con los Bizantinos, que también se habían rebelado contra los Atenienses.

Al saber éstos la rebelión de los Samios, reunieron una armada de setenta barcos para ir contra ellos, aunque de estos barcos no llegaron más de cuarenta y cuatro á Samio, porque enviaron los demás, parte á Caria para estorbar que los Fenicios pasasen á socorrer á los de Samio, y parte á Chío para traer gente de guerra. Cuando estas cuarenta y cuatro naves, que acaudillaba Pericles con otros nueve capitanes, arribaron á la isla de Tragia y encontraron setenta navíos de los Samios, que venían de Mileto, de los cuales veinte venían cargados de gente de guerra, los combatieron y desbarataron; y después de esta victoria, llegándoles de refresco cuarenta navíos de socorro de Atenas y de Lesbos, y veinticinco de Chío, descendieron á la isla de Samio y pusieron cerco á la ciudad, habiendo primero desbaratado una banda de gente que había salido de la ciudad contra ellos. La cercaron por tres partes, una por mar y dos por tierra. Ocupado en el sitio de la plaza Pericles, le avisaron que los Fenicios venían con gran número de navíos á socorrer á los Samios, y tomando sesenta de sus barcos, que acababan de llegar, fué con toda diligencia á tierra de Camne y de Caria. Entretanto, de la otra parte había salido del puerto de Samio Steságoras con cincuenta navíos para ir á recibir á los Fenicios; y como los de Samio fueron avisados de la partida de Pericles, vinieron por mar, con todos los navíos que pudieron juntar, á acometer el campo de los Atenienses, que no estaba muy fortificado, embistieron contra los barcos lige-

ros de los Atenienses que hallaron en el puerto, los echaron á pique y vencieron en batalla naval todos los barcos que les salieron al encuentro. De esta manera fueron señores de la mar, y por espacio de catorce días metieron y sacaron fuera de la ciudad todo lo que quisieron. Mas al fin de estos días volvió Pericles con los otros navíos, y los encerró de nuevo en la villa.

Poco después recibieron gran socorro de Atenas, que fué cuarenta barcos, capitaneados por Tucídides, Agnón y Formión, y veinte navíos de los confederados, cuyos capitanes eran Clepolemo y Antycle; y de Chío y Lesbos llegaron treinta naves. Aunque los Samios hacían algunas escaramuzas y salidas por mar durante el cerco de la ciudad, que fué de nueve meses, como vieran que no eran poderosos para resistir largo tiempo, se rindieron con estas condiciones: que los muros de la ciudad fuesen derribados, que diesen rehenes y entregasen todos sus navíos á los Atenienses, y para los gastos de la guerra pagasen una gran suma de dinero en determinados plazos. También los Bizantinos concertaron obedecer á los Atenienses, como lo solían hacer antes.

Pasado algun tiempo comenzaron las diferencias entre los de Corcira y de Potide, de que antes hicimos mención, y entre todos los otros que ya dijimos, las cuales fueron ocasión de la guerra de que hablamos al presente.

Estas son, en efecto, las guerras que los Griegos tuvieron, así contra los Bárbaros como entre sí, desde que el rey Jerjes partió de Grecia hasta el comienzo de la que ahora escribimos, por espacio de cincuenta años, durante los cuales los Atenienses aumentaron en gran manera su imperio y poder, cosa que los Lacedemonios sentían y comprendían muy bien, pero no lo impedían, sino que vivieron lo más de este tiempo en paz y reposo, porque no eran muy ligeros para emprender guerras, ni las declaraban sino por necesidad, y también porque estuvieron ocupados con guerras civiles, hasta que vieron que crecía el poder de los Atenienses más y más cada día y que maltrataban y ultrajaban á sus amigos y aliados.

Entonces determinaron no sufrirlo más y acudir á la guerra con todas sus fuerzas para abatirles si pudiesen.

Cuando declararon por decreto que los Atenienses eran quebrantadores de la fe y alianza, y habían injuriado á sus aliados y confederados, enviaron á Delfos para saber del Oráculo de Apolo qué fin tendría aquella guerra, y el Oráculo respondió:

*Que de cierto vencerá  
Quien fuere más esforzado,  
Y llamado y no llamado  
Su socorro les dará.*

Habiendo acordado y determinado la guerra por consejo, llamaron de nuevo á sus aliados y confederados á la ciudad de Lacedemonia para consultar el negocio y determinar todos juntamente si convendría comenzarla. Cuando llegaron los procuradores y embajadores de las ciudades, celebraron el consejo para que habían sido llamados; y como los otros hablasen primero culpando á los Atenienses, y concluyendo que se les debía hacer la guerra, al final hablaron los Corintios, que al principio habían hablado y rogado y persuadido á los otros confederados que comenzasen la guerra inmediatamente contra los Atenienses, temiendo que, mientras consultaban, les tomasen éstos la ciudad de Potide. Y saliendo en medio los últimos de todos, hicieron el razonamiento siguiente:

### XIII.

Discurso y proposición de los Corintios en el Senado de los Lacedemonios ante todos los confederados y aliados para persuadirles de la necesidad de la guerra contra los Atenienses.

«Varones amigos nuestros, aliados y confederados, no hay razón para culpar á los Peioponenses, que no querían determinar la guerra contra los Atenienses, puesto que

nos juntan aquí para este propósito, por lo cual conviene á los que son caudillos y presidentes de los otros, como lo sois vosotros, que conforme son honrados y acatados sobre todos, tengan igual respeto á las cosas de los particulares, mirándolas como á las públicas, para que sean bien gobernadas y tratadas. En cuanto á lo que toca á nos y á los otros que ya nos hemos apartado de los Atenienses, no es menester que nos enseñen cómo nos debemos guardar de ellos. Solamente nos conviene amonestar y avisar á aquellos que habitan la tierra firme lejos de los puertos, donde se hacen las ferias y mercados, que será bien sepan y entiendan que si ellos no dan ayuda y socorro á los que moran en la costa, el trato y comercio de sus bienes y mercaderías les será muy difícil, y lo mismo el retorno de aquello que les llega por mar. No deben ser, por tanto, jueces injustos de lo que tratamos al presente, diciendo que no les toca á ellos nada; antes deben saber que, si no se cuidan de los moradores de la costa y los dejan sucumbir, el peligro y daño vendrá después sobre ellos. Atiendan que la consulta presente se hace tanto por ellos como por los otros, y por eso no deben ser perezosos ni negligentes para emprender esta guerra, á fin de que después puedan tener paz. Porque si es de hombres sabios y prudentes estar quietos y no moverse, si ninguno les injuria, así también es de buenos y animosos, cuando son injuriados, trocar la paz por la guerra, y después de bien hechas y provistas sus cosas volver á la amistad y concordia, no ensoberbeciéndose con la prosperidad de la victoria en la guerra, ni por codicia de paz y reposo sufrir las injurias. Porque todo hombre que por amar el sosiego es perezoso para vengarse, pronto se ve privado del deleite que toma en el descanso; y asimismo el que á menudo provoca la guerra, ensoberbecido con la prosperidad, suele desconocerse á sí mismo, con una crueldad y ferocidad poco segura y menos cierta, porque no hace con razón lo que es obligado á hacer; aunque muchas veces sucede salir bien de las empresas locas y temerarias porque los enemigos son

necios, mal aconsejados en los que emprenden, y muchas empresas que parece se acometen con saber y discreción, salen mal porque no las ejecutamos como las propusimos y determinamos. Siempre tenemos buena y cierta esperanza de las cosas que emprendemos; pero, al ejecutarlas, muchas veces faltamos por miedo ó por temor en la obra.

En lo que á nosotros toca, que en gran manera hemos sido injuriados por los Atenienses, comenzaremos la guerra con buena y justa querella y con intención de vivir en paz y sosiego después que nos hayamos vengado. De esta guerra debemos esperar la victoria por dos razones: la primera, porque tenemos más número de gente y mejores soldados y más experimentados en la lucha, y la segunda, porque estamos todos unidos y resueltos á hacer todo aquello que nos manden. Si tienen más navíos que nosotros, supliremos esta falta con nuestro dinero particular, que cada cual dará en la cantidad que le corresponda, y con el que tiene el templo de Delfos y el de Olimpia, que podemos tomar prestado para atraernos con dádivas sus marineros y aun la gente de guerra, que son extranjeros y tienen á sueldo, lo cual no ocurrirá á nosotros, porque somos más poderosos en gente que en dinero.

Si logramos una victoria naval, es de creer que queden perdidos, y cuanto más tiempo nos resistieren, tanto más los nuestros se harán á las cosas de mar y se ejercitarán en ellas, porque son más animosos, y, ejercitados, serán más fuertes, pues la osadía que los nuestros tienen les es natural, y los contrarios no han de adquirirla por arte ni por doctrina. Podemos muy bien con el ejercicio aprender la habilidad que ellos tienen, y para este negocio hallaremos indudablemente el dinero necesario. Puesto que sus aliados no rehusan pagarles tributo estando en su servidumbre y sujeción, nosotros no seremos tan ruines que rehusemos contribuir con nuestros propios bienes para vengarnos de nuestros enemigos y salvar nuestra libertad, que si ellos lograran quitárnosla, nos tratarían peor que antes por causa de nuestros mismos bienes.

También tenemos más medios para hacer la guerra que ellos, porque haremos tratos con sus aliados y tributarios y los rebelaremos, haciéndoles así perder la ventaja que en renta nos llevan. Podremos destruir la tierra de donde les viene el dinero y la renta, y otras muchas ocasiones y medios nos vendrán de que al presente no nos acordamos, que la guerra jamás se ejecuta conforme á los medios y aprestos que se ven al principio, sino que ella misma hace venir otros al pensamiento, según las cosas que acontecen. Y en este caso los que tienen buen ánimo y buen corazón están más seguros que los tristes y temerosos.

Cada uno de nosotros debe pensar que si tuviese cuestión y diferencia sobre límites con sus vecinos, y fueren tan poderosos como él, en manera alguna sufriría ser injuriado ni ultrajado. Pues si los Atenienses ahora son bastantes y poderosos contra todos nosotros juntos, ¿cuánto más lo serán combatiéndonos uno á uno y á cada villa por si? Como lo harán de seguro si no ven que nos juntamos, y de común acuerdo y voluntad les resistimos.

Si por acaso nos venciesen (lo cual plegue á los dioses que jamás se oiga), tenga cada cual por seguro que el mayor daño que nos vendría sería perder nuestra libertad y caer en servidumbre. que es cosa abominable de oír, mayormente en el Peloponeso. Pues ¿cuánto mayor es ver ahora tantas y tan buenas y nombradas ciudades ser de hecho sojuzgadas y maltratadas por una sola? En lo que claramente se ve, ó que somos perezosos y negligentes, ó que por temor soportamos y sufrimos cosas indignas, no pareciéndonos ni respondiendo á la virtud y gloria de nuestros mayores, que libertaron á Grecia de servidumbre, pues no somos bastantes para defender nuestra libertad, y sufrimos que una sola ciudad nos tiranice.

Cuando hay un solo tirano en una ciudad procuramos expulsarle, y no consideramos que sufriendo esto incurrimos en tres grandes vicios, es á saber: en flojedad, cobardía é imprudencia. Ni tampoco vale nada para excusarnos de estos tres vicios decir que queréis evitar la

osadía loca que á tantos ha sido dañosa, porque esta excusa, so color de la cual muchos han sido engañados, cuando no es miedo suele llamársela necedad.

Pero ¿de qué sirve á nuestro propósito reprender las cosas pasadas más largamente que el tiempo presente lo requiere? Acudamos á las de ahora y proveamos á las venideras. Y pues aprendimos de nuestros antepasados á adquirir la virtud por trabajo y no empeorar las costumbres, si acaso ahora les sobrepujáis algún tanto en riquezas y poder, tanta mayor vergüenza será para vosotros perder con vuestras riquezas lo que ellos con pobreza ganaron y adquirieron.

Hay además de éstas otras muchas razones y ocasiones que os deben mover y animar á hacer la guerra. La primera el oráculo de Apolo que os ha prometido seros favorable, y con éste también tendréis en vuestra ayuda todo el resto de Grecia, parte por miedo y parte por su provecho. No receléis ser los primeros en quebrantar la paz y alianza que tenemos con los Atenienses, pues el dios que nos amonesta á comenzar la guerra juzga haber sido primero quebrantada por ellos. Más cierto es que pelearemos por mantener y amparar los tratos y confederaciones que ellos han violado y roto, que los que se defienden no son quebrantadores de la paz, sino aquellos que comienzan la guerra y acometen primero.

Por todas estas razones no ha de ser aciago sino muy provechoso emprender esta guerra. Así lo comprendéis por lo que os decimos en público para amonestaros y persuadiros de que es necesaria para el bien común y el particular de cada uno. No queráis, pues, dilatar la defensa de vuestra libertad, y particularmente el dar ayuda á los de Potide, que son Dorienses de nación y están ya sitiados y cercados pos los Jonios, porque si nosotros disimulamos ahora, parecerá claramente que unos de nosotros fueron injuriados y los otros se juntaron para tratar de vengarse y después no se atrevieron.

Por tanto, varones amigos y confederados nuestros,

conociendo la necesidad presente y que os aconsejamos lo mejor, determinad hacer esta guerra y no os espantéis de las dificultades de ella, antes pensad el bien que os vendrá de la larga paz que ha de seguir la. Porque de la guerra nace la paz, y en el reposo y descanso no estamos seguros de que no se pueda mover guerra.

Considerad que si sujetamos por fuerza aquella ciudad de Grecia que quiere usurpar la tiranía sobre todas las otras, de las que ya domina algunas, y procura dominarlas, quedaremos en paz y seguridad, y viviremos sin peligro, y daremos libertad á los Griegos que ahora están en servidumbre.»

Y con esto los Corintios acabaron su razonamiento.

#### XIV.

Acordada la guerra contra los Atenienses por todos los del Peloponeso, envían los Lacedemonios embajadores á Atenas para tratar de algunas cosas.

Cuando los Lacedemonios oyeron los razonamientos de todas aquellas ciudades de Grecia allí representadas, mandaron dar á los embajadores de cada una de las ciudades mayores y menores sus piedrecillas en las manos para que con ellas declarasen por sus votos si querían la paz ó la guerra. Todos fueron de parecer de declarar la guerra, y así lo determinaron; mas no había medio de comenzarla entonces porque estaban desprovistos de todas las cosas necesarias. Acordóse, pues, que cada ciudad contribuyese para ella y sin ninguna dilación en menos de un año. En el ínterin, los Lacedemonios enviaron embajadores á los Atenienses para decirles las culpas de que les acusaban á fin de tener mejor y más justa causa de hacerles la guerra, si no se enmendaban prontamente. Primero les pidieron que pur-

gasen la ofensa hecha á la Diosa (1), que era la siguiente: Fué un varón llamado Cilón, noble y poderoso, que en los juegos y contiendas que se hacían en el monte Olimpo ganó el prez y las joyas. Este Cilón tuvo por mujer la hija de Teagenes, que á la sazón era señor de Megara, y al verificarse este casamiento le fué dada respuesta á Cilón por el oráculo de Apolo en Delfos, que cuando se celebrase la gran fiesta de Júpiter, él tomase y ocupase la fortaleza de Atenas. Con alguna gente de guerra de Teagenes su suegro, y con otros sus amigos de la ciudad, que juntó cuando se celebraba la fiesta de Olimpo en el Peloponeso, tomó la fortaleza de Atenas con intención de hacerse señor de ella, persuadiéndose que por ser ésta la mayor fiesta de Júpiter que se hacía, y por haber ganado él otras veces en esta misma fiesta los preces y joyas, saldría con la empresa conforme á la profecía del oráculo de Apolo, porque no consideraba si la respuesta se entendía de la fiesta que se celebraba en Atenas ó en otra parte, ni tampoco el oráculo lo declaró, y también los Atenienses celebran todos los años una fiesta muy solemne, en honra de Júpiter Miliquo, fuera de la ciudad, en la cual hacen muchos sacrificios de animales figurados. Mas Cilón que había interpretado el oráculo á su fantasía, creyendo que hacía bien, emprendió la cosa como arriba he dicho.

Cuando los Atenienses supieron que su fortaleza había sido tomada, los que estaban en los campos se juntaron y vinieron á cercar á Cilón y á los suyos dentro de ella. Pero porque la plaza era fuerte y se cansaban de estar allí detenidos, la mayor parte se fueron á sus negocios y dejaron allí nueve capitanes con número bastante de gente con encargo de guardar, y mantener el cerco de la plaza, dándoles pleno poder de hacer todo aquello que bien les pareciese en aquel caso para el bien de la ciudad, y durante el sitio hicieron algunas cosas

---

(1) Siempre que se trata de los Atenienses, la Diosa por excelencia es Minerva.

que les parecía convenir al bien de la república. En este tiempo Cilón y su hermano hallaron manera de salir secretamente de la fortaleza y se salvaron. Pero los otros que habían quedado dentro, obligados por el hambre, después de haber muerto muchos, se guarecieron en el gran altar que está dentro de la fortaleza. Los que habían quedado en guarda del cerco; los quisieron sacar: viendo que se morían y á fin de que, por su muerte, el templo no fuese profanado y violado, los sacaron fuera, y los mataron. Algunos fueron muertos pasando por delante de los dioses, y otros al pie de los altares, por lo cual todos los culpados de las muertes y sus descendientes fueron condenados por crueles y sacrilegos y desterrados por los Atenienses, primero, y por Cleómenes, auxiliado por los Atenienses sublevados (1). No solamente echaron de la ciudad á los que se hallaron de estas líneas, sino que los huesos de los difuntos los arrojaron fuera de los límites. Pasado algún tiempo, volvieron, y al presente hay algunas casas de estas familias que los Lacedemonios pedían fuesen echadas, por saber que Pericles, hijo de Jamtippo, descendía de aquella raza por parte de su madre, esperando que si lanzaban á éste de la ciudad de Atenas, podrían después más á su placer venir al fin deseado de su guerra contra los Atenienses, y si no le echaban, á lo menos le harían odioso al pueblo, pues creería éste que por salvar á Pericles se había en parte provocado la guerra. Pericles era en aquel tiempo el hombre más principal de la ciudad de Atenas y de mayor autoridad; siempre contrario á los Lacedemonios, y que persuadía á los Atenienses que emprendiesen la guerra contra ellos.

A esta demanda respondieron los Atenienses diciendo que los Lacedemonios purgasen también el sacrilegio de que estaban contaminados á causa de la violencia que

---

(1) Cleómenes, rey de Esparta, fué llamado á Atenas por Isagoras jefe de una facción y expulsó setecientas familias (Herodoto I. v. cap. 70 y siguientes).

hicieron en el templo de Neptuno en Tenara. Porque, tiempo atrás, los Lacedemonios, á instigación de Tenaro, habían sacado fuera del templo de Neptuno y muerto algunos fugitivos que pedían merced, violando así el templo, á lo cual atribuía el pueblo un gran terremoto que poco después se sintió en la ciudad de Lacedemonia. Además pedían los Atenienses á los Lacedemonios que purgasen otro sacrilegio de que asimismo estaban contaminados, que se hizo en el templo de Palas en Calcedonia, y ocurrió de esta manera:

Después que Pausanias fué privado por los Lacedemonios del mando que tenía en Helesponto, y le ordenaron que se defendiese de los cargos que contra él había, aunque fué absuelto de ellos, no por eso le devolvieron el empleo. Viendo esto Pausanias salió de la ciudad de Lacedemonia fingiendo que quería volver al Helesponto y servir en la guerra como soldado; pero su verdadero propósito era tratar con el rey de los Medos tocante á esta guerra que él mismo había comenzado, y después, con ayuda del Rey, usurpar la tiranía y el mando sobre toda Grecia. Para conseguir su deseo, mucho tiempo antes que le acusaran, había ganado la gracia del Rey por un singular servicio que le hizo, y fué que, á la vuelta de Chipre, habiendo tomado la ciudad de Bizancio, y preso á los que el Rey había dejado allí de guarnición, entre los cuales había muchos parientes, amigos y familiares del Rey, se los envió secretamente, sin dar parte á los otros capitanes, sus compañeros, fingiendo que se le habían escapado. Y esto lo hizo por medio de Congilo encargado de guardarlos, con el cual asimismo envió al Rey una carta del tenor siguiente:

«Pausanias, general en jefe de los Espartanos, al rey Jerjes, salud. Queriendo agradarte y ganar tu gracia, te envío los prisioneros que yo había cogido en buena guerra por las armas: y es mi voluntad, si te plu-guiere, desposarme con tu hija, y poner á Esparta y á toda la Grecia en tus manos. Lo cual pienso que podría

hacer seguramente teniendo buena amistad é inteligencia contigo. Por tanto, si este negocio te agrada envía por mar alguno de los tuyos que sea hombre de confianza, con quien yo pueda comunicar todo mi proyecto y secreto.»

Esta carta alegró mucho á Artajerjes, é incontinenti envió á Artabazo, hijo de Parnace, so color de darle el cargo y gobierno de la provincia de Scylite, que á la sazón gobernaba Magabata por el Rey. Mandóle llamar antes y le dió una carta para Pausanias, que estaba en Bizancio, sellada con su sello, y además le encomendó que tratase con Pausanias lo más secreto que pudiese, y si le mandaba hacer alguna cosa que la hiciese. Llegó Artabazo á la provincia de Scylite, hizo lo que le mandó el Rey, y envió la carta á Pausanias, que decía así :

«El rey Jerjes á Pausanias, salud : Te agradezco mucho el placer y buena obra que me hiciste enviándome los prisioneros que tomaste en Bizancio, y nunca será olvidado este favor ni por mí, ni por los míos. En gran manera me agradaron tus razones, y así te ruego que trabajes de noche y de día por poner en ejecución lo que me has prometido, que por mi parte no faltará ni oro, ni plata, ni ejércitos, donde quiera que fueren menester. Sobre lo cual puedes tratar seguramente con Artabazo, al que te envío para esto expresamente por ser hombre sabio y fiel. Y haciéndolo como dices, tus cosas y las mías se abrevien en nuestra honra y provecho.»

Cuando recibió esta carta, Pausanias, á quien los Griegos tributaban gran respeto por el cargo y autoridad que tenía, comenzó á engreirse y ensoberbecerse de suerte que no se contentaba con vivir á la manera acostumbrada de los Griegos, sino que salía de Bizancio ataviado á la moda de los Medos, y andando por tierra de Tracia, llevaba soldados Medos y Egipcios que le acompañaban, y se hacía servir á la mesa como los Medos.

No podía, en efecto, encubrir su corazón ni sus pensamientos, sino que daba á entender en sus hechos lo

que tenía en el ánimo. Difícilmente concedía audiencia á los que á él llegaban, y airábase con todos de repente, por lo que ninguno se atrevía á hablarle. Esta fué la principal causa de que los confederados de Grecia se apartasen de los Lacedemonios y se unieran á los Atenienses. Por ello los Lacedemonios le llamaron como antes se ha dicho, y cuando partió por mar en la galera llamada *Hermionde* sin licencia de la República, advirtiése que hacía lo mismo que antes. Desterrado de Bizancio por los Atenienses, que la conquistaron, no volvió más á Esparta, retirándose á unos lugares de tierra de Troya. Estando allí fueron avisados los Lacedemonios de que tenía tratos con los Bárbaros, y parecióles que no lo debían tolerar. Enviáronle un ministro de justicia con la vara de los Eforos, que llama Scytala (1), mandándole que viniese con el ministro á Esparta, so pena de rebelde y enemigo de la patria. No queriendo parecer sospechoso, y confiando en que con dinero se podía librar de las consecuencias de los crímenes y culpas de que le acusaban, fué á Esparta con aquel ministro, y al llegar le apresaron por orden de los Eforos, á los cuales es lícito hacer esto mismo hasta con el Rey. Puesto despues en libertad, presentóse á juicio para responder á la acusación que le dirigían.

En Lacedemonia, ni sus contrarios, ni toda la ciudad, hallaron motivo aparente, ni indicio verdadero para castigarle, mayormente siendo hombre de linaje de reyes y de gran autoridad y reputación, porque había sido tutor de Plistarco, hijo del rey Leonidas, y en su nombre

---

(1) La Escytala era una vara que se empleaba para lo siguiente. Hacíanse dos Escytalas de igual tamaño: una quedaba en poder de los Eforos y la otra la daban al general por ellos nombrado. Cuando tenían que escribirle algo secreto arrollaban una tira de pergamino á la vara y escribían en ella, desarrollándola para dársela al encargado de llevarla. De este modo sólo presentaba una serie de palabras sin sentido y hasta incompletas; pero el general leía fácilmente el mensaje arrollando la tira en su Escitala.

había administrado el Reino ; pero la insolencia de sus costumbres y el querer imitar la vida de los Bárbaros les infundía mucha sospecha , de que estaba en inteligencia con ellos, y tramaba alguna cosa para ser señor y mandar entre los suyos.

Entre otras muchas cosas que había hecho contra las leyes y costumbres de Lacedemonia , les indignaba en gran manera , que en una mesa de alambre de tres pies , que los Griegos ofrecieron al templo de Apolo en Delfos , del botín cogido á los Medos , había mandado esculpir el mismo Pausanias estos versos :

*Aquel griego capitán  
Que Pausanias se llamó,  
Ya que á los Medos venció  
Con gran trabajo y afán  
Que en la guerra padeció,  
Por honra del Dios Apolo,  
Aquí puso esta memoria,  
Aplicando su victoria  
Al favor de aquel Dios solo.*

Versos que mandaron borrar los Lacedemonios , y en lugar del de Pausanias pusieron los nombres de todas las ciudades confederadas que se hallaron en la batalla contra los Bárbaros.

Acusábanle á la vez de cosa más grave , cual era el tener tratos secretos y conjuraciones con los Ilotas ó esclavos de Lacedemonia , prometiéndoles que les daria libertad y derecho de ciudadanos si se levantaban juntamente con él y hacían lo que les mandase. Pero ni aun tampoco por dichos de los esclavos , según sus leyes , podían proceder contra ningún varón Lacedemonio en causa de muerte ó cosa que no se pudiese remediar , sin tener indicios ciertos é indudables. Pero un criado , muy privado y familiar suyo , llamado Argilio , que fué el que llevó á Artabazo las últimas cartas que Pausanias , su amo , había escrito al rey Jerjes , descubrió la traición á los Eforos. Lo hizo por sospechas , al ver que ninguno de los otros mensajeros que Pausanias envió á Artabazo

Había vuelto, por lo cual, temiendo que le ocurriese mal también á él, mandó contrahacer el sello con que estaba sellada la carta para poder volverla á sellar después de leerla, si no hallaba cosa en ella de lo que él sospechaba, y también para que el mismo Artabazo no conociese que había sido abierta. Leyóla, y halló, entre otras razones, aquello que temía, y era que Pausanias decía á Artabazo que le matase. Visto esto, llevó la carta á los Eforos, los cuales se convencieron de la traición.

Para más justificación suya, y por saber mejor la verdad, quisieron oirla de boca del mismo Pausanias, y usaron de esta estratagema: Hicieron que el criado fuera á acogerse al templo de Tenaro como hombre que ha ofendido á su señor y se quiere librar en sagrado, y se le hizo saber á Pausanias para que fuera allí á hablar con él, lo cual hizo. Dos de los Eforos se habían escondido en un sitio secreto, de manera que podían bien oír y entender lo que Pausanias y el criado hablaban sin ser sentidos. Cuando Pausanias fué donde estaba su criado y le preguntó la causa por que se había acogido allí, le declaró que había abierto la carta, y le dijo todo lo que contenía, quejándose de que en ella le mandase matar, pues en todos los tratos que había tenido con el rey Jerjes había confiado en él, y nunca le faltó. Parecióle, pues, cosa fuera de razón que mandara matarle, como habían sido muertos todos los mensajeros enviados antes con otras cartas, mensajeros que no podían compararse con él.

A esto Pausanias le respondió, confesando que todo era verdad, sin cesar de amansarle y rogarle que no tomase por ello enojo, y jurándole por el templo donde estaba que en adelante no le haría mal, cumpliendo con toda diligencia su encargo para Artabazo, porque el negocio no fracasara. Oyeron los Eforos muy bien todas estas razones, y estimando el caso muy averiguado, dieron orden para que Pausanias fuese preso dentro de la ciudad. Mas como los dos Eforos le salieran al encuentro en la calle, conoció en los movimientos del rostro de

uno de ellos que iban resueltos á prenderle, y ganóles por la mano huyendo al templo de Palas, sin que le pudiesen coger. Antes de llegar al templo entró en una cassilla pequeña que estaba junto á él para descansar, y fué atajado por los que le seguían, los cuales descubrieron el techo de la casa y la cercaron por todas partes con guardas para que no pudiese salir, teniéndole sitiado hasta que le mataron de hambre. Cuando estaba espirando, los guardas le sacaron de aquel lugar sagrado, y murió en sus brazos.

Los Eforos opinaban que debía ser arrojado el cadáver á una quebradura (1), donde acostumbraban á echar los malhechores, pero mudaron de propósito y le hicieron enterrar en una sepultura.

Algún tiempo después les fué amonestado, por revelación del oráculo de Apolo Delfico, y mandado que le sacasen de la sepultura y le enterrasen en el lugar donde había espirado, y así fué hecho. Aun hoy se ve su sepultura delante del templo, según parece por el letrero que está esculpido en la piedra del sepulcro. Mandóles además el oráculo de Apolo que, para purgar el sacrilegio que habían cometido violando el templo de la diosa Palas, diesen dos cuerpos en lugar de uno, y así lo hicieron, expiando la muerte de Pausanias con el ofrecimiento de dos estatuas de metal en el templo de Palas Calcidense.

Véase, pues, por qué los Atenienses, para responder con un cargo igual al que les hacían los Lacedemonios de estar contaminados de sacrilegio, les imputaron otro tanto, diciendo que ellos purgasen de igual manera la ofensa que habían hecho á la diosa Palas, y que el oráculo de Apolo había juzgado sacrilegio.

---

(1) Grieta abierta en la roca por un terremoto.

## XV.

Temistocles, perseguido por Atenienses y Lacedemonios, se refugia en los dominios de Artajerjes y allí vive hasta el fin de sus días.

Cuando los Lacedemonios oyeron la respuesta de los Atenienses, enviaron de nuevo mensajeros, para hacerles saber que Temistocles había sido culpado en la misma conspiración que Pausanias, según resultaba del proceso de éste, que guardaban en el templo, pidiendo y requiriendo á los Atenienses, que castigasen á Temistocles. Creyéronlo los Atenienses y ordenaron, de acuerdo con los Lacedemonios, prender á Temistocles, que por estar á la sazón desterrado de Atenas, vivía en la ciudad de Argos de ordinario, aunque á menudo salía á tierra de Peloponeso.

Avisado Temistocles de la orden de prisión, partió del Peloponeso, y se fué por mar á Corcira, sabiendo que aquel pueblo le amaba por los muchos bienes y servicios que le había hecho. Pero los de Corcira le dijeron que si le recibían en su ciudad se harían enemigos de los Espartanos y de los Atenienses, obligándole á saltar en tierra en la parte del continente más cercano de la Isla. Sabiendo que allí también le perseguían, y no viendo otra vía de salvación, se acogió á Admeto, rey de los Molosos, aunque sabía que no era amigo suyo. Ausente el Rey de su ciudad, se encomendó á la Reina su mujer, la cual le dijo que tomase á su hijo por la mano, pues ésta era la mejor manera de suplicar, y esperarse hasta que volviera su marido, que no tardó muchos días. Cuando el Rey volvió, Temistocles se presentó ante él, y le dijo: que si cuando era capitán de los Atenienses, y el mismo Rey estaba sujeto á ellos, le había sido contrario en algunas cosas, no era justo que tomase ahora

venganza de él al ponerse en sus manos y pedirle merced; no estando en igualdad de condiciones, pues él se hallaba ahora en más bajo estado, que estaba el Rey cuando el mismo Temístocles le ofendió, ni siendo de ánimo generoso vengarse sino de sus iguales. Por otra parte, cuando contrarió al rey procuraba éste solamente su bien y provecho y no salvar la vida, como hacía al presente Temístocles; porque si el Rey le entregaba á los que le perseguían sería causa de su muerte.

Acabó Temístocles su razonamiento, estando sentado en tierra con el hijo del rey Admeto sobre las rodillas, que es allí la manera de suplicar más eficaz de todas: el rey le mandó levantar, y le prometió que no le entregaría á los Lacedemonios ni á los Atenienses, lo cual cumplió, cuando poco después llegaron los perseguidores de Temístocles y le dijeron muchas razones para persuadirle que le entregase. Hizo más, sabiendo que quería irse con el rey Jerjes, mandó acompañarle por tierra hasta la ciudad de Pidna, que está situada junto al mar, que pertenece á Alejandro. En esta ciudad se embarcó en un navío que iba para Jonia, arribó frente á la ciudad de Najo, que los Atenienses tenían sitiada, cosa que asustó mucho á Temístocles: más no por eso se descubrió al patrón de la nave, que no sabía quién era ni por qué huía, sino que le dijo: si no me salvas y me tienes oculto diré á los Atenienses que has tomado dinero mío por salvarme, pero si me salvas, te lo pagaré espléndidamente. Para ello es preciso que no permitas á ninguno de los que están embarcados saltar á tierra, teniéndolos aquí, y echada el áncora, hasta que salte más viento para salir. Así lo hizo el patrón y estuvo anclado un día y una noche, hasta que hubo viento, y dirigió el rumbo hacia Efeso. Llegado á este lugar Temístocles cumplió con el patrón lo prometido, y le dió gran suma de dinero, porque pocos días después le llevaron mucho, así de Atenas como de Argos. Desde allí tomó el camino Temístocles por tierra en compañía de un marino Persa, y escribió una carta al rey Artajerjes

que había sucedido á Jerjes, su padre, en el reino de Media y de Persia, la cual decía así:

«Yo, Temístocles, vengo á tí, rey Artajerjes. Soy aquel que causó más males á tu casa que ningún otro Griego, mientras me ví obligado á resistir al rey Jerjes tu padre, que nos acometió: empero también le hice muchos servicios cuando me fué lícito hacerlos, y si al volver se salvó del peligro en que se vió, á mí lo debe.» Porque después que Jerjes perdió la batalla naval en Salamina, Temístocles le escribió que se diese prisa á volver, fingiendo que los Griegos habían determinado cortar los puentes por donde habían de pasar, y que él lo había estorbado. Y lo restante de la Epístola decía: «Al presente los Griegos me persiguen por amigo tuyo, y aquí estoy dispuesto á hacerte muchos servicios. He resuelto quedarme un año, para mostrarte después la causa por que vengo.»

Cuando el rey leyó la carta, se maravilló extraordinariamente de su contenido, y le otorgó lo que le demandaba, de quedar un año allí antes de presentarse á él; durante el cual aprendió todo cuanto fué posible, así de la lengua, como de las costumbres de los Persas. Después se presentó al rey, y fué más temido y estimado de él que ningún otro de los Griegos que á él acudieron, así por la dignidad y honra que había tenido antes, como porque le mostraba los medios de sujetar toda la Grecia: y principalmente porque daba á conocer por experiencia que era hombre sabio y diligente, de mayor viveza y lucidez de entendimiento que todos los otros, porque su claro talento adivinaba las cosas no aprendidas, y para proveer en los casos repentinais era de muy presto y atinado consejo.

Tenía gran acierto para prever lo porvenir, mucho juicio en las cosas presentes, y en las ambiguas y dudosas, donde había dificultad en juzgar lo bueno ó lo malo, una prudencia maravillosa. Además, era el más resuelto de todos los hombres en todas las cosas de que hablaba, así por don de naturaleza como por la presteza de su ingenio.

Declaró al Rey todo lo que convenía hacerse para la empresa contra Grecia, pero antes de que llegase el tiempo de realizarla, murió de enfermedad, aunque algunos suponen que se mató con veneno, viendo que no podía cumplir lo que había prometido al Rey.

Fué sepultado en la ciudad de Magnesia en Ásia, donde se ve hoy día su sepulcro en el mercado: de cuya ciudad el Rey le había dado el gobierno y la renta, que ascendía á cincuenta talentos anuales (1) para provisión de pan, y de vino le había dado la ciudad de Lampsaco por ser el territorio más fértil en vino de toda Ásia: y para carnes le dió la ciudad de Myunte (2). Dicen que sus parientes llevaron sus huesos por disposición del difunto, y los enterraron en tierra de Atenas sin saberlo los Atenienses, porque no es permitido, según las leyes, enterrar el cuerpo de hombre juzgado traidor y rebelde.

Este fin tuvieron Pausanias y Temístocles, ambos varones famosos y célebres capitanes entre los suyos.

## XVI.

Deliberan los Atenienses sobre si deben aceptar la guerra ó obedecer las exigencias de los Lacedemonios.

Reclamado por los Lacedemonios á los Atenienses, y por éstos á aquéllos que purgasen de una parte y de otra las ofensas y los sacrilegios á los Dioses, aquéllos pidieron de nuevo á éstos que pusiesen en libertad á los Potidenses, y dejaran vivir á los de Egina según sus leyes; y sobre todo les declararon que comenzarían la guerra contra ellos, si no revocaban el decreto que ha-

(1) Doscientas setenta mil pesetas.

(2) Las reinas de Persia tenían diversas provincias para las diferentes piezas de su tocado; una para los velos, otra para los cinturones, etc. (Brisson, *De regno Persarum*, lib. I, cap. 108.)

bían hecho contra los de Megara, por el cual se les prohibía desembarcar en puertos de los Atenienses, acudir á sus ferias y comerciar con ellos. A todas estas demandas, y principalmente á la de revocar el decreto, los Atenienses determinaron no obedecer, acriminando á los Megarenses porque ocupaban la tierra sagrada y sin término (1), y recibían en su ciudad los esclavos que huían de Atenas.

Finalmente, después de todas estas demandas y respuestas, llegaron tres embajadores de los Lacedemonios que eran Rafio, Melesippo y Agesandro, los cuales sin hacer mención de ninguna de las otras cosas de que habían tratado antes, les dijeron en suma estas palabras: Los Lacedemonios quieren la paz con vosotros, la cual podéis gozar si dejáis á los Griegos en libertad, y que vivan según sus leyes. Al oír esta demanda los Atenienses reunieron su consejo para determinar la última respuesta que les debían dar: y cuando todos dijeron sus pareceres, unos que debían aceptar la guerra y otros que era preferible revocar el decreto contra los Megarenses, motivo de la guerra, se levantó Pericles, hijo de Jantippo, que á la sazón era el hombre más principal de toda la ciudad, y con más autoridad para decir y obrar, habló de esta manera:

## XVII.

Discurso y opinión de Pericles en el Senado de Atenas, conforme á la cual se da respuesta á los Lacedemonios.

«Mi parecer es y fué siempre, varones Atenienses, no conceder y otorgar su demanda á los Lacedemonios ni rendirnos á ellos, aunque sepa muy bien que los hombres

(1) Esta tierra era la que separaba Megara del Atica que los Atenienses consagraron á las diosas veneradas en Eleusios (Ceres y Proserpina). El campo no limitado con señales, significaba campo sagrado que no era permitido cultivar. Los terrenos cultivados estaban divididos por cercas ó mojones.

no hacen la guerra al final con aquella ira y ardor de ánimo que la emprenden, sino que según los sucesos mudan y cambian sus voluntades y propósitos. En lo que al presente se consulta, persisto en mi anterior opinión y me parece justo que aquellos de vosotros que participaban de ella si después en algo errásemos, me ayuden á sostener su parecer y el mío; y si acertásemos, que no lo atribuyan á mi sola prudencia y saber, pues comúnmente vemos, que los casos y sucesos son tan inciertos como los pensamientos de los hombres. Por esta razón cuando nos ocurre alguna cosa no pensada acostumbramos culpar á la fortuna.

Viniendo á lo presente, cierto es que los Lacedemonios, antes de ahora, manifiestamente nos han tramado asechanzas y las traman en la actualidad. Porque existiendo en nuestras convenciones y tratados, que si alguna diferencia hubiese entre ambas partes se resuelva en juicio de árbitros de dichas partes, y entretanto las cosas queden en el mismo estado y posesión que se hallaren, debieran pedirnos que sometiéramos á juicio el asunto sobre que hay debate y cuestión, y ni esto piden, ni cuando se lo hemos ofrecido lo han aceptado, porque quieren resolver las cuestiones por medio de las armas y no por la razón, mostrando claramente que antes vienen en son de mando que en demanda de justicia. Nos ordenan que partamos de Potidea, que dejemos á Egina en libertad y que revoquemos el decreto contra los Megarenses, y los que han venido á la postre nos mandan que dejemos vivir en libertad á los Griegos según sus leyes; y para que ninguno de vosotros piense que es pequeña la exigencia de revocar el decreto contra los de Megara, á lo cual ellos se atienen, é insisten diciendo que, de hacerlo, no tendremos guerra; y para que ninguno opine que no debemos provocar la guerra por tan poca cosa, os aviso que esta pequeña cosa contiene en sí vuestras fuerzas y la firmeza y consecuencia de todas las otras en que fundo mi opinión. Si les otorgamos ésta, incontinenti os demandarán otra mayor, pareciéndoles

que por miedo habéis cedido á su pretensión; y si les recusáis con aspereza, vendrán replicando en igual tono. Por tanto, me parece que debéis determinar ú obedecer y pactar con ellos antes de recibir daño, ó emprender la guerra, que es lo que yo juzgo por mejor antes que otorgarles cosa alguna grande ni pequeña, para no tener ni gozar con temor lo que tenemos y poseemos.

En tan gran servidumbre y sujeción se pone el hombre obedeciendo al mandato de sus iguales y vecinos sin tela de juicio, en cosa pequeña como en cosa grande. Y si conviene aceptar la guerra, los que están presentes conozcan y entiendan que no somos los más flacos ni para menos, porque los más de los Peloponenses son mecánicos y trabajadores, que no tienen dinero en común ni en particular, ni menos experiencia de guerras, mayormente de las de mar; y si alguna guerra civil tienen no la pueden llevar al cabo por su pobreza. Ni pueden enviar barcos ni traer ejército por tierra, porque se apartarían de sus negocios particulares y perderían su trato y manera de vivir. Además, sabéis bien que la guerra se sostiene más con dinero dispuesto que con empréstitos y demandas. Pues por ser como son mecánicos, y trabajadores sobre todo, antes servirán con sus personas que con dinero, teniendo por cierto que más fácil les será salvar sus cuerpos de los peligros de la guerra que contribuir para los gastos de ella, sobre todo si durare largo tiempo.

Hablando de lo pasado, sabemos que los Peloponenses fueron iguales contra los otros Griegos en una sola batalla, y en lo restante nunca fueron poderosos para hacer la guerra á aquellos que estaban mejor provistos que ellos, porque no se rigen por un consejo y parecer, sino por el de muchos, y á causa de ello todo lo que han de hacer lo hacen de repente. Y aunque sean iguales en el derecho de votar, son desiguales en ejercerlo, pues cada uno sigue su opinión y mira por su provecho particular, de lo cual no se puede seguir cosa buena; porque si los

unos se inclinan á castigar á alguno y perseguirle, los otros se recatan de gastar de su hacienda. Además, acuden tarde y de mala gana á juntarse en consejo para tratar de cosas de la república, determinan en un momento los negocios de ella y gastan la mayor parte del tiempo en tratar de los suyos privados. Cada cual de ellos piensa que las cosas de la república no recibirían más detrimiento por su ausencia, suponiendo habrá alguno que haga por él, como si estuviese presente; y siendo todos de esta opinión, no se cuidan de si el bien de la república se pierde por todos juntos. Lo que alguna vez acuerdan no lo pueden realizar por falta de dinero; porque la guerra y sus oportunidades no requieren largas tardanzas.

Ni hay por qué temamos sus plazas fuertes, ni su armada; porque, respecto á los muros, aunque estuviesen en paz, difícilmente podrían hacer su ciudad tan fuerte como es la nuestra, y menos en tiempo de guerra, pudiendo nosotros, por el contrario, hacer muy bien nuestros reparos y municiones. Y si fortalecieran alguna plaza poniendo en ella guarnición, es verdad que nos podrían hacer daño recorriendo y robando nuestra tierra por alguna parte y sublevando contra nosotros algunos de nuestros súbditos, pero con todas sus fortalezas no nos podrán estorbar el ataque de su tierra por mar, en la cual somos más poderosos que ellos, por el continuo ejercicio de mar. Tenemos más experiencia para poder hacer la guerra por tierra que ellos para hacerla por la mar, en la cual ni tienen experiencia ni la pueden adquirir fácilmente; porque si nosotros, que continuamente hemos navegado desde la guerra de los Medos, no estamos perfectamente enseñados en las cosas del mar, ¿cuánto menos lo estarán aquellos siempre acostumbrados á labrar la tierra?

Nuestros barcos les impidieron siempre aprender la guerra marítima, y si se atreviesen á combatir por mar, aun careciendo de experiencia, si tuvieran numerosa ar-

mada y fuese la nuestra pequeña, cuando vean la nuestra grande, y que les aprieta por todas partes, se guardarán de andar por mar, no acostumbrándose á ella, y sabrán poco y servirán para nienos. Porque en el arte de la mar, así como en las otras artes, no basta ejercitarse por algún tiempo; antes para saberlo y aprender bien, conviene no ejercitarse en otra cosa. Y si dijeren que tomando el dinero que hay en los templos de Olympia y de Delfos nos podrán sonsacar los marineros que tenemos á sueldo, dándoles mayor cantidad que nosotros, contestaré que nos causarían daño si éstos no fuesen, como lo son, nuestros amigos. Además tenemos patrones y marineros de nuestra nación en mayor número que todos los otros Griegos, y ninguno de los que están á sueldo, aparte el peligro á que se pone si nos dejare, querría verse expulsado de nuestra tierra con la esperanza de enriquecerse más con el partido de ellos que con el nuestro; porque dándoles mayor sueldo será por menos días que les durará el nuestro.

Estas y otras cosas semejantes de los Peloponenses juzgo oportuno recordároslas. De nosotros diré lo que siento. Estamos muy libres de aquello que culpamos en ellos y tenemos otras cosas notables, de que ellos carecen. Si quieren entrar en nuestra provincia por tierra, entraremos en la suya por mar, y no será igual el daño que nos harán al que recibirán de nosotros: porque les podemos destruir parte del Peloponeso y ellos no pueden destruir toda la tierra de Atenas. Además no tienen tierra ninguna libre de guerra, y nosotros tenemos otras muchas, así islas como tierra firme, donde no pueden venir á hacernos daño á causa del mar que poseemos, que es una gran cosa.

Considerad, pues, que si fuésemos moradores de cualquier isla, seríamos inexpugnables y no podríamos ser conquistados. Ahora bien, en nuestra mano está hacer lo mismo en Atenas que si morásemos en alguna isla, que es dejar todas las tierras y posesiones que tenemos en tierra de Atenas, y guardar y defender solamente la

ciudad y la mar. Y si los Peloponenses, que son más que nosotros, vinieren á talar y destruir la tierra, no debemos por la ira y enojo presentarles batalla, porque aunque los desbaratemos una vez volverán á venir en tan gran número como antes; y si una vez perdiésemos la jornada, perderíamos la ayuda de todos nuestros súbditos y aliados, que cuando entendiesen que no somos bastantes para acometerles por mar con gruesa armada, harían poco caso de nosotros. Cuanto más, que no debemos llorar por que se pierdan las tierras y posesiones si salvamos nuestras personas, pues las posesiones no adquieran ni ganan á los hombres sino los hombres á las posesiones. Y si me quisiereis creer, antes os aconsejaría que vosotros mismos las destruyerais para dar á entender á los Peloponenses que no les habéis de obedecer por causa de ellas.

Otras muchas razones os podría decir para convenceros de que debéis esperar la victoria, si quisiereis oirme, más no conviene estando como estáis en defensa de vuestro estado pensar en aumentar vuestro nuevo señorío, ni añadir voluntariamente otros peligros á los que por necesidad se ofrecen: que ciertamente yo temo más los yerros de los nuestros, que los pensamientos é inteligencia de nuestros enemigos. De esto no quiero hablar más ahora, sino dejarlo para su tiempo y lugar.

Y para dar fin á mis razones me parece que debemos enviar nuestros embajadores á los Lacedemonios, y responderles que no prohibiremos á los Megarenses nuestros puertos, ni los mercados con tal que los Lacedemonios no veden la contratación en su ciudad á los extranjeros, como la vedan á nosotros y á nuestros aliados y confederados, pues ni lo uno ni lo otro está exceptuado ni prohibido en los tratados de paz. Y en cuanto al otro punto, que nos piden de dejar las ciudades de Grecia libres, y que vivan con sus leyes y libertad, que así lo haremos si estaban libres al tiempo que se hicieron dichos tratados; y si ellos también per-

miten á sus ciudades gozar de la libertad que quisieren para que vivan según sus leyes y particulares institutos, sin que sean obligadas á guardar las leyes y ordenanzas de Lacedemonia tocante al gobierno de su república. Queremos estar á derecho y someter las cuestiones á juicio según el tenor de nuestros tratados y convenciones, sin comenzar guerra ninguna; pero que si otros nos la declaran y mueven primero, que trabajaremos para defendernos.

Esta respuesta me parece justa y honrosa y conveniente á nuestra autoridad y reputación, y juntamente con esto conoced que, pues la guerra no se excusa, si la tomamos de grado, nuestros enemigos nos parecerán menos fuertes; y de cuantos mayores peligros nos libraremos, tanta mayor honra y gloria ganaremos, así en común como en particular. Nuestros mayores y antepasados, cuando emprendieron la guerra contra los Medos, ni tenían tan gran señorío como ahora tenemos, ni poseían tantos bienes, y lo poco que tenían lo dejaron y aventuraron de buena gana, usando más de consejo que de fortuna, y de esfuerzo y osadía, que de poder y facultad de hacienda. Así expulsaron á los Bárbaros y aumentaron su señorío en el estado que ahora lo veis. No debemos, pues, ser menos que ellos, sino resistir á nuestros contrarios, defendernos por todas vías y trabajar por no dejar nuestro señorío más ruin y menos seguro que le heredamos de ellos.»

Habiendo Pericles acabado su razonamiento, los Atenienses, aprobando su consejo, determinaron seguirle, y conforme á él, respondieron á los Lacedemonios por medio de sus embajadores, que no harían cosa de lo que ellos demandaban, sino que estaban dispuestos á someter á juicio y responder á sus demandas; y con esta respuesta los embajadores volvieron á su tierra. En adelante no curaron de enviar más embajada los unos á los otros. Empero las causas de las diferencias entre ambas partes antes de la guerra, tuvieron origen en las cosas que ocurrieron en Epidamno y en Corcira, aunque por éstas no dejaron

ban de comunicarse unos con otros sin farautes ni salvo-  
conducto, aunque ya se recelaban y tenían sospecha entre  
sí, pues lo que entonces se hacía fué causa de la pertur-  
bación y rompimiento de las treguas, y materia y ocasión  
de la guerra.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.